

# PARÁSITOS

Aarón Alejandro Romo Arceo



## Capítulo 1

La soledad suele ser un compañero de viaje bastante reservado. Aprendí eso al concederle el privilegio de la virtud cada vez que debo conducir por la carretera infestada de parásitos humanos (me incluyo, soy un parásito intestinal que muerde las entrañas de concreto de este país).

No estoy casado, y el arrepentimiento es esquivo a tal decisión (empedernida casi y tomada sin mansedumbre). Cincuenta mil pesos en el banco me lo agradecen, retribución que me devuelven siete mil dólares en una cuenta que tengo en Estados Unidos. Júzgame por venderle mi silencio a los políticos que no quieren apartar sus problemas de la sombra que oscurece; júzgame por haberle brindado a la verdad más el papel de masa moldeable, pero júzgate a ti mismo por ser un mediocre que lee la mierda que escribo y que prefieres creer antes que enterarte de la situación a la cual sólo le brindas la atención cuando lees de reojo un encabezado.

Soy ambicioso, soy intelectual, soy un cabrón y soy un pinche corrupto.

Soy inteligente porque no leo mierda como la que escribo.

Tú eres estúpido porque sí lo haces. Obediente y lindo. Así te quiero. Así te quieren todos, idiota.

Ahora viajo a Cancún, visitaré un hotel nuevo, uno que posee el prestigio de la duda. Lavandería monetaria del dinero de cárteles, así es como periódicos serios lo han llamado; quizá no exactamente así, quizá se me acaba de ocurrir. El hotel está maldito de verdad; el dinero del legado de los fieles a la Iglesia de Escobar se esconde dentro de sus cuentas bancarias. Las paredes las ha forrado la cocaína, las sábanas se limpian con sangre de decapitados, la piscina se limpia con el saldo de una guerra que poseyó los mismos tintes austeros que la invasión a Irak por el puto de Bush.

Como sea, también dicen que es lindo. Las gringas lo aman, y yo amo a las gringas. Una mexicana con la piel del color de un mojón me produce náuseas, incluso a las blancas que se pueden presumir en apariencia de una cadena de DNA pasan de largo. La fortuna es mía, mi piel es clara y puedo mezclarme con los lechosos de primer mundo, no hay oro que brille más que el haber nacido con la piel de la raza maldita, no la esclava sino la esclavista. Haber nacido con el pellejo del frijolero salta-muros hubiera hecho que me suicidara antes de permitirme tan si quiera llegar a los veinte. Tomé clases para ocultar mi acento mexicano cada vez que viajo a Estados Unidos y hablo un inglés que se siente vernáculo de la eminencia

que implican los estados más importantes de Norteamérica.

Adoro la reputación parasitaria que me he adjudicado.

Primero llegué a un pequeño poblado, ni siquiera recuerdo el nombre, pero creo que sonaba como maya o algo así. De hecho, su reciente aparición me resulta inexistente en una medida modesta. Alguno de los pueblos perdidos que nunca emergerán del abismo de anonimato. Contemplé las casas (apenas esbozos que resultarían miserables hasta para un haitiano), muchas carecían de la simple seguridad que ofrecía una puerta de madera; concreto corroído por magulladuras o mordido por algún martillo o por el simple peso del tiempo. Conté catorce baches, y me sentí nervioso cuando presencié las miradas de cada individuo vestido con harapos y de piel descolorida, royendo todas las líneas de la edad; sus miradas manchaban mi MAZDA recién adquirido.

Cuando verifiqué la ruta de navegación en mi celular, vi que era inevitable esta ruta. ¿Por qué carajo no la recuerdo? Deberían de advertirte kilómetros antes de la clase de estercolero a la que estás a punto de meterte. Ya estaba predispuesto a resentir el golpe de una roca contra mi parabrisas en cualquier segundo, y mientras pasaba por comercios tristes donde dudaba que hubiera algo comestible para gente normal, se intensificó mi terror, pues los gamberros morenos y vestidos con nada más que playeras con las mangas arrancadas (para que se notara la violencia ejercida sobre la tela) y pantalones de mezclilla estaban sentados en una barda, la de una casa que lucía abandonada (aunque eso no significaba que no hubiera nadie viviendo ahí). Los vi de reojo y preferí no cruzar miradas, pero yo sentí las suyas.

Un bache traicionó mi concentración, así como también pude ver cómo cobró uno de mis rines, el cual salió volando. Maldije, pues ahora esos perros tendrían una pieza gratis para vender sin si quiera haberse molestado en robarla.

Los seres paralelos de dudoso sentido de ética que me miraban en el espejo retrovisor no dejaban de mirar mi auto mientras se hacían puntos que se diluían con la distancia.

Salí completo. La vegetación volvía a poseer la hegemonía en el panorama y, de frente, el concreto en su máximo esplendor, como un arcoíris monocromático, bello, sin oro, pero, al menos, sin eslabones perdidos de la humanidad.

Me detuve en una gasolinera con estación de servicio, una tienda pintada de blanco y rotulada con la habilidad de alguien a quien le pagaron poco (más víctima de tacañería antes que de alguien a quien le falte el dinero).

Me bajé. No necesitaba gasolina. Estaba asqueado pero tenía hambre. La tienda al menos se veía limpia dese afuera. Excepto a lo mejor por un pequeño detalle: una mujer anciana, hija del mundo no de un hogar, reposaba sobre la pared del local; vi su cara, ¿cuán maleable es la piel cuando ha aceptado la tragedia que le será atañida por lo que sobren de las eras? La de la señora estaba rasgada por el tiempo y magullada por las desgracias que habrán contaminado su vida; apenas era un manto pellejudo sobre músculo sin forma alguna ahora. Vestía una prenda de tela que vio un época en la que fue de color azul, pero, al igual que su cabello, ha visto una pérdida de brillo y un descoloramiento que cada vez se consume con mayor rapidez.

La observé.

Me observó.

Retiré la mirada antes de que me extendiera la mano, esperando sentir el pago diario por ser una pordiosera que contaminaba tanto como una botella de plástico tirada en el suelo.

Antes de entrar a la tienda, tuve que mirar a la gasolinera. Fue por inercia. Dos policías hablaban con una chica. Creí que soñaba o que estaba viendo algo que sólo en un escenario cómico podría haber, y lo cierto es que ni siquiera sé si sentí pena al darme cuenta de que era verdadero. La chica con la que hablaban esos dos era menor de edad; pudiera sonar insignificante de no ser porque estaba desnuda, un delicado vestido de tierra hacía un inútil esfuerzo por mantener pudor a las partes recién entradas en la pubertad de la chica. Era de piel morena, y lejos de ayudarle, hacía que se viera más mugrienta. Hablaba con los oficiales como si fueran conocidos de toda la vida. No poseía mala figura exceptuando que estaba un poco gorda. Los oficiales sonreían mientras platicaban con ella. No parecía tener intenciones de sonreír.

Comencé a sentir algo en el pecho. Poco de aquello de lo que me han acusado de carecer antes. Poco de aquello que he mantenido alejado para llevar a cabo los contratos verbales que acuerdo con los políticos que acuden a mi "templo".

Creo que siento pena.

Podría creer que tantos años de haber escondido de la relevancia merecida balaceras y secuestros, de haberle sonreído sin mera hipocresía a los padres pederastas que asistían a las fiestas de los diputados y senadores que ocultaban bajo su ala la inocencia que habían arrebatado a

los niños. Tantos años de haberme codeado con almas putrefactas. Esto debería de serme un simple paseo por la iglesia.

La chica se despide de ellos, quienes se suben a sus patrullas y se van.

Los dependientes de la gasolinera prefieren predicar la indiferencia. Uno la mira igual que a una niña vestida.

-Joven – escuché a mi lado. La anciana me levantó la mano con la posición de una canasta – Caridad, por favor.

La miré. Su boca era un hoyo negro cuya obscuridad había absorbido la lengua y los dientes.

-Ayúdeme a comer, joven.

No le respondí. Sopló el viento y me vi lejos, en mi oficina, tomando un café, viéndole las piernas a mi secretaria, totalmente ajeno a este escenario que sólo he traducido través de la declaración de una fotografía impresa en el periódico. Miré nuevamente a la gasolinera cuando lo que debí haber hecho fue meterme corriendo a la tienda. Mi karma me observa en forma de una chiquilla de vistazo repugnante que ha construido un puente ante mí. No estoy seguro de la forma en la que me mira, sin sonreír, sin parpadear, solamente abrazando sus dedos entre sí, imitando el gesto infantil más tierno del mundo. No, nena, no eres una niña; deja de verme, mejor.

-Aliménteme, joven, por favor.

Dejé de mirarla. Me desprecié por tenerle miedo. Simplemente entré a la tienda.

Estaba oscuro, sólo un poco de polvo esparcido por el piso. Tomé un refresco de uno de los refrigeradores que rugían y unas frituras que engañarían a mi estómago una hora más diría yo.

La sonrisa que vi sardónica, presunta de unos dientes amarillentos del encargado de la tienda, la que me recibió una vez que fui a pagar. El tipo parecía conducido por una vida de malos hábitos alimenticios, acompañados del beso de una botella barata que se daba su agasajo cada noche (cada día). Tierra y sudor fue aquello que olfateé al acercarme al divertido sujeto, al cual yo todavía no le he empezado a cobrar cuentas por mirarme así.

-¿Cuánto va a ser? – pregunté.

El tipo seguía sonriendo. No pude distinguir una intención de burla, sino más bien asemejaba lástima. Este maldito muerto de hambre me estaba

compadeciendo.

-A usted lo conozco. Trabaja en el periódico, ¿no es así? – su voz parecía golpear el paladar, un martilleo seco y contundente antes de permitir a las sílabas salir.

Me sorprendió. Me dio miedo.

-No – respondí de forma lacónica –. Me confunde.

-Supongo. ¿De paseo?

-Sí.

-Parece perdido.

Lamí uno de mis dientes, sólo para aliviar la tensión. El pecho aceleraba una presunción de inquietud.

-No, no lo estoy.

-Yo creo que sí. Por su ropa, no es de por aquí. Por su carro, usted no está aquí porque quiera.

Una acidez rumiaba mis nervios. Esos dientes cetrinos se burlaban de alguien que tenía algunos favores que cobrar a cerdos de cuello blanco y relojes de oro, cerdos que quizá no harían nada aunque les hablara por teléfono ahora. Me lleva la putísima madre.

-No le importa – le respondí.

-¿A dónde pretende llegar?

-Naco asqueroso, ya te dije que no te importa.

-Chistoso que el que cubre pederastas me llame “naco”.

Tragué una amarga saliva; dura, rasposa, crecía mi pecho, doblaba su tamaño. El maldito... ¿qué pretendía? ¿Me estaba juzgando este hijo de perra?

-A dónde sea que usted crea que va, déjeme comentarle, va en dirección errónea. Al igual que lo fuimos todos.

Nos miramos. No con odio. Ninguno de los dos se odiaba. Quería escupirle a la cara y golpearlo. Pero un muerto de hambre no merecía mi odio, sólo

la descarga de mi estrés.

-De seguro vives en ese pinche pueblo, ¿verdad?

No me respondió. Su maldita sonrisa que emulaba la coloración de la podredumbre.

-La casa invita.

Saqué un billete de cincuenta pesos y se los asenté.

-Quédatelo, hijueputa. Pinche naco de mierda.

Me di la vuelta, listo para irme. Apenas pude darme cuenta de que estaba invadido, estaba encerrado, y quizá jamás saldría. Vi a la vieja suplicante, vi ese ojo ennegrecido, semejante al hollín embarrado, soltando aire acedo que convocaba a las náuseas; la anciana estaba sobre mí.

-¡Aliménteme, por favor, aliménteme! – y su coro era un dueto. A su lado, la adolescente andrajosa, hija de la suciedad y vestida con carne, también impulsaba la súplica.

-¡Aliméntame, por favor, aliméntame!

Al silencio lo mataban, laceraban el ambiente con su hedor a oxígeno ominoso, sentí su apeste, su sudor que aprendieron a adoptar como ducha diaria. Mis manos estaban ocupadas por lo que compré. Entre los lloriqueos de las dos pordioseras, pude ver a los gamberros del pueblo. Eran cinco, y todos estaban recargados sobre mi automóvil; uno estaba sentado sobre el capote.

-¡Aliméntame, aliméntame! – gritaban ambas.

Tenía sus dedos apoderándose de mi persona, de mi pellejo, sorbiendo mi sudor con las yemas para anexarlo al suyo. Quería moverme, hacerlas a un lado. ¡Dios, apestan!

Los gamberros estaban muy cómodos.

Una sombra se impuso ante mis ojos y robó todo mi panorama. Vi la espalda ancha del encargado de la tienda, frente a frente, topándose con las pordioseras.

Les dio unos trozos de pan y dos botellas de agua, una a cada una.

Las garras de ambas arrebataron la propiedad en las manos del tipo, la chica desnuda se fue corriendo, la anciana trastabilló acorde los residuos

de su longevidad cuando salió de la tienda.

Me quedé viendo la situación, sin saber qué demonios hacer. El tipo volteó, aún exigiendo que contemplara la sonrisa del payaso; tenía el billete que le di en la mano.

-Pase un buen día. Espero disfrute sus vacaciones – guardó el billete en el bolsillo de mi pantalón.

Caminé lento hasta la salida, sin dejar de mirarlo.

Ahora, el plato fuerte. Los gamberros eran los seres más felices del continente. Andrajosos, vestimentas lastimeras a la vista, peinados que indicaban enajenamiento frente a música puertorriqueña, con cuerpos descendientes del linaje de la malnutrición, pero acobijados por la furia y el hambre.

El que estaba sobre el capote se bajó. Se plantó justo frente a mí. Era mucho más alto de pie.

Yo reaccionaba a un frío que partía desde mi cerebro hasta cada centímetro de cartílago que pudiera sentirlo.

El andrajoso tenía algo en las manos.

Era mi rin perdido.

-Se le cayó esto, patrón – su voz agonizaba, seguramente por años de fumar desde la adolescencia o drogas duras, una voz que está tan rota como la consciencia en su emisor. Parecía joven a la vez que un anciano. Poseía la misma sonrisa mamona que el sujeto en la tienda. – se lo trajimos.

Sujetaba la autoparte con la firmeza de quien alimenta a un descarriado desnutrido.

La tomé.

-Gracias.

-Hay un taller en el pueblo por si quiere que se la pongan. También notamos que su llanta está un poco baja. Le recomendaríamos que la revisara. Son varios kilómetros para llegar a otra gasolinera.

El pendejo sabía que mi intención era dejar que me llevara el diablo antes que seguir respirando las mismas mierdas disueltas en el aire que ellos.

Eché el rín el asiento trasero y me fui de ahí.

El espejo retrovisor vuelve a ser mi fiel confidente y me asegura que los sonrientes vagabundos siguen ahí, como estatuas.

Recibí una noticia en mi celular.

Leo que hay una infestación de larvas en la playa.

Me alejé hasta perderme en el rugir del motor.